

Un romance de 40 años Una mirada a CBI

Isaac Schnadower Barán



(Fotografía: Sean Gallup/Getty Images)

ESTA ES UNA HISTORIA DE AMOR; un romance que ha durado cuarenta años.

Génesis

Empezó como un rumor: “Están reclutando profesores para una nueva Universidad; parece que ya le llegaron a Moncayo”. Eso escuché en el CIMASS de la UNAM, donde laboraba yo en aquel lejano 1974, y el rumor no pudo menos que despertar mi interés.

El interés se convirtió en un lascivo deseo al escuchar la oferta que me hizo el Dr. Óscar González: encargarme de formar un Departamento relacionado con la Ingeniería Eléctrica, y crear una licenciatura afín en la Unidad Azcapotzalco, con una dedicación de tiempo completo y exclusivo.

La oportunidad de crear algo nuevo y relevante no se presenta todos los días, así que acepté de mil amores, con el compromiso de incorporarme a partir del 15 de julio en las instalaciones de Joselillo. Concebí mi ingreso como un matrimonio con la UAM; el Departamento por formar, como la casa donde viviríamos, cuya construcción y mantenimiento estaría a cargo de los profesores que contrataría; ellos me ayudarían también a elaborar los planes y programas (cuna y guardería) de las licenciaturas y maestrías para cuidar y formar a nuestros hijos, los estudiantes, como ingenieros del más alto nivel. ¡Vaya sueño!

Soñaba también con el tipo de ingenieros por formar, especialistas en electrónica y computación capaces de desarrollar y adaptar la tecnología de sistemas digitales. Recién se acababa de inventar el microprocesador por Intel, pero ya podía yo visualizar el mundo de las computadoras personales y la convergencia entre los sistemas de comunicación y los de cómputo. Así que tenía muy claro el tipo de Departamento y de Licenciaturas que debería de impulsar.

La luna de miel

Califico así a los primeros cuatro años del matrimonio, la etapa más feliz e importante de mi carrera profesional. Feliz no sólo por el cumplimiento de la mayoría de mis metas, por el ambiente de amistad y convivencia con mis colegas, por una vida social intensa, y, sobre todo, por haber participado muy activamente en la construcción de la Universidad, legislando y aprobando reglamentos, planes y programas en los Consejos (Divisional y Académico); caracterizo esta actividad como de lucha académica (no exenta de política, como detallo más adelante).

Luchas académicas. Mi primera batalla se relacionó con el nombre y carácter del departamento y de una de las carreras de licenciatura: Electrónica. No fue tan sencillo, pues las autoridades principales de la Unidad, ingenieros civiles provenientes de la Facultad de Ingeniería de la UNAM, consideraban a la Electrónica como una especialidad terminal de la Ingeniería Mecánica y Eléctrica. Sin embargo, logré finalmente el apoyo del ingeniero Enrique Tamez, director de la División, y de mis

colegas de los demás Departamentos: Dr. Roberto Meli, Dr. José Miguel González, Dr. Francisco Medina y Mtro. Carlos Velazco. La segunda batalla fue la de incluir la materia de Computación desde el tronco común, para todas las licenciaturas, en cuyo diseño participé activamente; elaboré así mis primeras notas de clase, relativas al lenguaje Fortran IV, en boga entonces en el mundo de la Ingeniería.

Construyendo el Departamento. Mientras tanto, mis esfuerzos se encaminaron a la contratación del profesorado, buscando jóvenes promesas al lado de personal de mayor experiencia para encabezar las diferentes áreas: Sistemas Digitales, Control e Instrumentación, Comunicaciones y Dispositivos. Recuerdo en particular un viaje a las Universidades de Stanford y Berkeley para reclutar investigadores distinguidos que terminaban su maestría o doctorado. Todos ellos contribuyeron significativamente a la elaboración de los planes y programas de estudio de las materias propias del Departamento.

El Consejo Académico. Luchas políticas. El trato con mis colegas de CBI era entonces fluido y natural; sentía yo que hablábamos un lenguaje común, claro y directo, aunque tuviéramos diferencias ocasionales. Lidar con el lenguaje de los consejeros de las otras divisiones (CYAD, CSH) en el Colegio Académico, sin embargo, resultó más complejo. Tardé un tiempo para entender los propósitos semiocultos de los largos y elaborados discursos de algunos consejeros de CSH, por ejemplo, y las juntas eran interminables. Cuestión de forma, pero las más de las veces se trabajaba en armonía, en bien de la UAM. El proceso fue muy interesante, considerando que traté con futuros embajadores y secretarios: Jorge Montaña, Claude Heller, Jesús Hernández, Miguel Limón, Jorge Ruiz. Gran equipo también el de CYAD, con Manuel Sánchez de Carmona y Jorge Sánchez de Antuñano, con el que me tocó trabajar para la aprobación de los planes y programas de sus carreras.

Sinsabor. La primera lucha política problemática ocurrió al elegir al director de División de CBI. Ocurrió que, a resultas de la renuncia del Arq. Pedro Ramírez a

la Rectoría General de la UAM, la Junta designó al Dr. Casillas para la Rectoría General y al Ing. Tamez como Rector de la Unidad. Con ello quedaba acéfala nuestra División. Los jefes de Departamento y la mayoría de los profesores de la División acordamos apoyar al Dr. Óscar González, secretario Académico de la Unidad. Solicitamos a los consejeros de las otras Divisiones que nos apoyaran al respecto, aunque figuraríamos en la terna el Dr. José Miguel González y un servidor, pero los jefes de Departamento de CSH nos indicaron que, si no mostrábamos una total unanimidad, irían por la libre.

Lamentablemente, mi propio Departamento votó por mí, y los cuatro consejeros alumnos votaron por el Dr. José Miguel González. Se perdieron así cinco votos, y finalmente salió electo el Dr. José Miguel González. Gran lección: los estudiantes también cuentan.

Huelga mencionar que la División se unificó en su apoyo al nuevo director, y se abocó a terminar la elaboración de los planes y programas de todas las carreras de CBI, que era la tarea más urgente e inmediata. El trabajo fue desarrollado con pasión, con entrega, y con excelentes resultados: programas de licenciaturas de buen nivel, para alumnos de buen nivel. Cabe aclarar que las primeras generaciones de alumnos han sido las mejores que hemos recibido.

El SITUAM. Como casa abierta al tiempo, la realidad del país penetró en nuestra utópica institución; los reclamos de una izquierda sin partido enfundados en reales o supuestos derechos laborales. Nunca podré olvidar la tensión emocional y política que causó aquella huelga, ni las que siguieron, y que tanto daño han causado a la UAM. Volviendo a la analogía del matrimonio, considero que el SITUAM representa a la suegra incómoda.

Fin de cuatrienio. Mi plazo por fin se cumplió. Dejaba un Departamento consolidado y reputado en dos de sus áreas: Sistemas Digitales e Instrumentación. La mayor urgencia era la de contratar a un académico prominente en Comunicaciones, y consolidar las actividades de investigación que recién se habían iniciado.

Pensé que requeríamos que el nuevo jefe fuera capaz de cumplir con dichas tareas, e invitamos al M. en C. Luis Marcial Hernández, de la UNAM, para competir por el puesto. Hecho lo cual, disfruté mi primer período sabático como profesor invitado del Departamento de Computación en la Universidad de Illinois, donde utilicé el famoso sistema Plato que utiliza computadoras para la enseñanza. Dejé listo, asimismo, mi primer libro de texto que publicó la Editorial Mc-Graw-Hill.

Maestría en Ciencias de la Computación

Al regresar en junio del 79 propuse a la División la creación de una maestría en Computación, proyecto largamente acariciado, y puse manos a la obra conformando un grupo de trabajo de tres Departamentos: Electrónica, Sistemas y Ciencias Básicas. El proyecto culminó en 1982, con una modificación con la cual nunca estuve de acuerdo: se ofreció a tiempo parcial, en vez de a tiempo completo obligatorio, dadas las circunstancias económicas por las que atravesaba el país por la devaluación de José López Portillo, pero obtuve la promesa del director de la División de revisar el caso en un futuro próximo en el Consejo Divisional. Me desempeñé entonces como coordinador de la maestría por un tiempo, hasta que el Consejo confirmó que no se aceptaba la obligatoriedad del tiempo completo, por lo cual decidí renunciar a la coordinación.

Colegio Académico

En paralelo con el proyecto de la maestría, fui electo al Consejo Académico y al Colegio. Esta fue una de mis experiencias más intensas; vivimos un momento sumamente crítico al instrumentar el reglamento y posterior laudo que permitió rescatar para los órganos colegiados de la UAM la exclusividad en los asuntos relacionados con la contratación y permanencia del personal académico. Lamenté sobremanera que la actitud de algunos colegiados motivara la renuncia del rector Fernando Salmerón. Participé asimismo en otras resoluciones de importancia, como la designación del Dr. José

Miguel González para la Junta Directiva (proceso que requirió de cuatro o cinco votaciones de desempate), y para la aprobación de la maestría en Ciencias de la Computación que impulsé y ayudé a crear.

Infidelidad

Mi renuncia a la coordinación de la maestría en Ciencias de la Computación, así como la crisis económica del periodo me afectaron profundamente. Decidí entonces renunciar a mi tiempo completo sin abandonar la UAM (pasé a profesor de tiempo parcial con quince horas) y dedicarme a fundar una empresa enfocada a la computación educativa. Esta empresa, que evolucionó con el tiempo a proveedora del Gobierno, fue mi amante por veintidós años; finalmente la vendí y me dediqué únicamente a la UAM, aun cuando no he recuperado mi plaza de tiempo completo.

Fase final

Me enfoco ahora a perfeccionar mis cursos, a producir textos y material didáctico y coordino un grupo temático. Estas actividades me satisfacen casi totalmente, pero extraño los consejos, los reglamentos, la grilla. Están fuera de mi alcance, no sólo por la plaza, sino por el inexplicable límite de edad (setenta años) que impone el reglamento.

Extraño a tantos amigos y colegas que ya no están; sobre todo al carismático Antonio Martín-Lunas, con quien compartí tantas experiencias, angustias y esperanzas. Observo a mi unidad; ya no es la misma. Es una institución estable, bien establecida, regular, algo rutinaria. Operamos con una eficiencia terminal muy baja, con un alumnado mediocre, muy distinto al que ingresaba en los primeros años. Es claro que las huelgas continuas e injustificadas afectaron nuestra imagen.

Poseemos un profesorado experimentado, pero en proceso de envejecimiento. Yo soy ya una especie de dinosaurio. Sigo aquí no por el salario, ni por el seguro de gastos médicos. Sigo por el amor a mi trabajo, por la UAM, y seguiré aquí mientras el cuerpo aguante. 